

Martínez Campos, 25/II/1996
GUIA
(Publicado el 25 de Febrero de 1996
Ventanas, 4-B)

EL ARRAIGO EN LA TIERRITA

Silviano Martínez Campos

Cuando una plantita como el maíz, aunque podría ser cualquier otra, se debilita en su raíz porque es dañada por el gusanillo “gallina ciega” o porque le falta tierra, queda literalmente desarraigada del suelo, cae o muere y por lo tanto no da fruto y merma la cosecha.

Si un campesino por necesidad se desarraiga o es desarraigado (desenraizado) de su comunidad y radica (echa raíz) en una ciudad, su trasplante forzado lo marchita, a él y a su familia, se debilita y muere de su alma (de su ánimo) al faltarle el vigor de la tierrita donde nació.

O cuando un hombre o mujer, que también puede ser campesino, es desarraigado por necesidad no sólo desde su comunidad sino desde su patria, no logra enraizar ---aunque a la larga lo pueden hacer sus hijos--- en el nuevo paisaje con otro clima, otros vientos, otro sol: se debilita, se marchita y tal vez muera también su ánimo en eterna añoranza de su cielo.

Pero si todo un pueblo pierde el sentimiento de patria (todo lo que recibió de sus padres, de generación en generación), de nación (la querencia de su ombligo del mundo, donde nació), de su país (su territorio), se hace extraño al paisaje que forma parte de su vida.

Y cuando parece que perdemos el amor a nuestra Tierra y la amenazamos de muerte, corremos el riesgo de desarraigarnos y por lo tanto marchitarnos todos, al faltarnos la tierrita del afecto a lo natural, la **comunión** con las hermanas hierbas y los hermanos gusanos, como tal vez diría Francisco de Asís.

Para muestra basta un pequeño botón de 10 líneas a una columna: **“Breves del mundo.** La FAO advierte. ROMA, 20 de mayo (DPA).- La cuarta parte de la riqueza biológica de la Tierra correrá serio peligro de desaparecer en los próximos 30 años, ‘a pesar de que la variedad biológica contribuye a la protección ecológica, a la estabilidad económica y a garantizar la producción de alimentos’, advirtió el presidente de la FAO, Edouard Saouma”.

Una noticia determinada tal vez nos deje indiferentes, lo cual depende de los intereses inmediatos de cada lector, según edad, temperamento, formación y condición social, alguna otra podría estrujarnos y una más llenarnos de regocijo.

En el caso de las noticias relativas al medio ambiente, hoy por hoy, pero tal vez aún avanzado el próximo siglo, continuarán al día, aun cuando esperamos que no sea para preocuparnos (atemorizarnos) sino ocuparnos, tomar la iniciativa y poner a cada quien en su situación a trabajar para conjurar las amenazas.

Tiempos de revisión de todo y de seguro ninguno tenemos la receta para superar todas las dificultades, puesto que es una búsqueda común de las medicinas a las enfermedades sociales de la época y por lo tanto no se ha descubierto la panacea (que las cure todas) ni ideológica ni técnica.

Mas es legítimo a cada interesado (lo somos todos) apuntar salidas y arriesgarnos a redescubrir el hilo negro, por lo cual se ocurre algo: podría ayudar el hecho de arraigarnos, enraizarnos en lo mejor que tenemos y, ciertamente, es mucho a nivel de potencialidades creativas tanto en las dimensiones personales como en las comunitarias.

LAS PEDRADAS SE REVIERTEN

Se ha dicho durante decenios que aparte de los fenómenos de industrialización que contribuyeron a que cambiara la relación entre la antes mayor población rural a la actual predominantemente en las ciudades, muchas situaciones de injusticia orillaron al campesino a emigrar hacia las urbes.

La misma razón de injusticia, pero además el atractivo del mayor nivel de bienestar, contribuyeron a la emigración transfronteriza y todo un proceso enredado orilló a que se fueran aflojando los lazos primarios con la tierra que nos viera nacer.

Algo más enredado aún, relacionado con la industrialización, y en muchos casos con razones económicas de dominio, condujo al deterioro ambiental que comenzamos a padecer y podrían en mayor medida padecer nuestros descendientes.

Los grados de culpabilidad de personas, sectores o naciones, ¿quién los sabe?; pero la responsabilidad es común y más vale no lanzar tanto primeras piedras porque éstas se pueden revertir de una nación a otra, de un sector a otro y hasta de una persona, a otra.

Así es de que no sería poca cosa fomentar, a pesar de todo lo que desde luego ya se hace en alguna forma entre autoridades y sociedad: el arraigo en la región y el arraigo en la patria.

Sobre todo, para mitigar el desconcierto de base, al mantener las raíces fijas en todo lo bueno, noble, bello, verdadero que nos heredaron nuestros antepasados; todo ese acervo de sabiduría de la vida, a través de los instrumentos culturales como el libro, monumentos y tantas ricas expresiones del arte que con un poquito de esfuerzo están al alcance de nuestra mano.

No es cosa de responsabilizar de todo a las deficiencias de difusión. Viejas inercias y resistencias a humanizarse, impiden el acceso a los medios

de cultura. También hay bibliotecas poco frecuentadas. El viejo ejemplo de la semilla que cae en diverso suelo, vale igual para la cultura.

LOS ARRAIGOS

Arraigos sentimentales que orillan a admirarse por el reverdecer en primavera de un modesto casahuate, aunque bien se sepa no hay árboles de primera o de segunda porque todos son manifestaciones de vida multiforme, valiosa por igual tanto en la yerba menuda como en plantas de maderas finas.

Arraigos afectivos en la contemplación de un minúsculo chupamirto en su apresurada visita cotidiana a las flores del jardincillo casero o en la gallina enjaulada destinada a morir de vieja porque le fue dado eludir la cacerola o la olla por el apego afectivo de su pequeño “dueño”.

Arraigos atávicos que te fijan a contemplar la roca y admirarla porque por ella no pasa el tiempo que sí pasa contigo; o la fijación por tu paisaje de cerros semipelones de forma siempre original y variada o por los bosquecillos donde habitan tus viejos amigos el huizache, el tepame, el mezquite o el palodulce. O la urraca de fama tan ladrona que hasta el consumado músico italiano le compuso una ópera. Será también por su negrísimo ropaje o su elegante caminar.

Arraigos también por la contemplación de las estrellas, las que te recuerdan que, aun cuando eres de aquí, también eres de aquellas lejanías, hacia donde ellas apuntan, como signo de una realidad multidimensional de la cual también, de alguna manera, sientes infinita nostalgia. Tal vez porque algún hermanito de las estrellas espera florezcas y a su debido tiempo te invite a llevarte consigo para que conozcas sus regiones siderales.

Arraigados en tu tierra: su vestir, su comer, su habla, sus objetos; y en tu patria, sus paisajes, sus bailes, sus músicas, sus canciones broncas o delicadas. En sus sabios y sus artistas, su gente contradictoria como tú, a la que amas o intentas amar, a pesar de que a veces no te sientas correspondido.

Arraigado en tu pequeño planeta, tu Tierrita, que tus astronautas acaban de descubrir azul desde las alturas. Arraigado en tu planeta, tal vez rodeado de planetas invisibles que esperan su tiempo para comunicarse contigo, porque también tal vez ellos, sus habitantes, sean tus hermanitos del cielo, del cielo estrellado.

Pero también arraigo y nostalgia del otro cielo, el de las promesas insondables. Es el del arraigo más profundo, el de la fe en **Alguien** que te sobrepasa y quien merece adoración y respeto pero también confianza porque aun cuando nosotros fallemos, El no falla.

Para el cristiano arraigó definitivamente en nuestra Tierrita, la raíz, el retoño de David y por lo tanto tampoco es cosa ya de temer tanto sino hacer la lucha por conjurar los demonios de la destrucción, al fin y al cabo El es la verdadera buena noticia (evangelio), la noticia regocijante de la curación

total de la condición humana ahora en dificultades, porque Jesucristo es el Testigo Fiel de que esto es posible.